

Testimonio, memoria y responsabilidad: reflexiones a propósito de “Los vecinos del horror: los otros testigos”*

*Florencia Paula Levín***

Resumen

En el presente artículo tomo como objetivo de estudio una serie de testimonios de vecinos que habitaron durante la última dictadura militar argentina (1976-1982) en barrios en los cuales funcionaron centros clandestinos de detención y tortura. Los mismos han sido recogidos en un video documental realizado en forma independiente por un grupo de investigadores que en 1996, año del 20 aniversario del golpe, realizó una investigación acerca de la experiencia cotidiana de cohabitar con el horror: “Los vecinos del horror: los otros testigos.” Los testimonios se toman como fuente y como excusa para abordar a la realidad pasada y, fundamentalmente, las representaciones individuales y colectivas que sobre ella se han construido. En el artículo se trabajan entonces los testimonios como forma de interrogar el cruce de lo individual y lo colectivo, la memoria y el testimonio, la realidad y su representación, a propósito del análisis del documental. Como hilo conductor que entreteje estos temas se encuentra una preocupación por el problema de la responsabilidad colectiva, tanto en relación con la responsabilidad por la última dictadura (la cultura represiva y autoritaria que acompañó y otorgó consenso al golpe) cuanto por la responsabilidad sobre la memoria colectiva sobre ese pasado.

Palabras-clave: memoria individual, memoria colectiva, testimonio, responsabilidad colectiva.

Rigurosamente, en el mal no hay causalidad. Nada lo explica ni es posible instalarlo en un lugar previsible de consecuencias encadenadas. [...] Con todo, es admisible una pregunta que nos arrastra, es decir, que nos instala en el rastro de nosotros mismos: ¿cómo pudo ocurrir? Porque si el mal en sí mismo es ininterrogable desde presupuestos estrictamente humanos, no es menos plausible sostener que el mal se hace posible en condiciones determinadas

Héctor Schmucler

Introducción

En 1996, 20 años después de la instauración del último gobierno militar en la Argentina, un grupo de investigadores realizó un video documental que recoge testimonios de vecinos que habitaron durante esa dictadura en barrios en los que funcionaron centros clandestinos de detención y tortura: "Los vecinos del horror: los otros testigos" (1996).

¿Qué nos pueden decir estos testimonios de los vecinos acerca de la relación que existió entre los campos de concentración y los barrios en los que fueron implantados? ¿Qué sabían y qué no sabían estos vecinos que convivían, pared mediante, con el horror clandestino? ¿Qué impacto tuvo en su vida cotidiana? ¿Es posible interrogar, a partir de estos testimonios, algo de ese pasado dictatorial?

En el presente trabajo, voy a tomar los testimonios recogidos en el video como fuente y como excusa para aproximarnos a la realidad pasada y, fundamentalmente, a las representaciones individuales y colectivas que sobre ella se han construido. Por detrás de estos temas, como se verá, se encuentra una preocupación por el problema de la responsabilidad colectiva, tanto en relación con la responsabilidad por la última dictadura (la cultura represiva y autoritaria que acompañó y otorgó consenso al golpe) cuanto por la responsabilidad sobre la memoria colectiva sobre ese pasado.

Algunos comentarios sobre el video

No es mi intención en este trabajo abordar “Los vecinos del horror” como objeto en sí mismo sino únicamente como soporte de los relatos testimoniales. De todas formas, considero pertinente ofrecer una descripción somera de algunas características del documental, ya que tienen que ver con la construcción de los testimonios, objeto de mi análisis.

El video ha sido realizado en forma independiente por un conjunto de investigadores que salió a recorrer diversos barrios de la Ciudad de Buenos Aires y del Conurbano Bonaerense en busca de quien tuviera recuerdos sobre la convivencia con los campos de concentración y disposición para contar.

El resultado de esa investigación es un video que apenas supera los cuarenta minutos y que recoge diez breves testimonios de vecinos que vivieron en las cercanías del Pozo de Banfield, el Pozo de Quilmes, el C. O. T. I Martínez y El Olimpo, junto con el testimonio de una mujer que presencié una operación comando en el edificio en el cual vivía, ubicado en Arenales y Pueyrredón de la Capital Federal¹.

Todas las entrevistas que ofrece el video parecen estar abordadas de la misma manera, a partir de una pregunta muy genérica y amplia: “¿Cómo era vivir en el barrio en la época de la dictadura?”. No se ha observado un tratamiento particular o especial de acuerdo a cada entrevistado.

La figura del entrevistador no está valorada en el documental, e incluso parecería ser que la intención ha sido borrarla: algunos testimonios están contruidos como monólogos de los vecinos mientras que, por otro lado, en raras ocasiones la cámara nos permite ver a quienes realizaron las preguntas.

El trabajo de cámara no es muy arriesgado. Raras veces hay un primer plano de los testimoniados. En el caso de las entrevistas realizadas en el interior, tampoco se observa una investigación del entorno. Se observa en cambio una intención de resaltar el barrio

como protagonista y por documentar las marcas que aun quedan de ese pasado (básicamente a través de inscripciones y *graffities*).

Trabajar el video como objeto, trabajo sin duda posible e interesante, requeriría considerar además una serie de aspectos que he dejado de lado en mi análisis (tales como el montaje, el entorno estético, la musicalización, los para – textos que lo acompañan² y demás elementos que intervienen en la construcción de sentido) y darían por resultado un abordaje diferente que el que aquí propongo.

Sobre el trabajo con los testimonios

Queda claro que el valor de trabajar con estos testimonios dista de su representatividad cuantitativa, ya que nos hablan tan sólo de 4 de los 340 campos de concentración que funcionaron en el país³, así como de un porcentaje irrisorio de experiencias individuales en términos poblacionales. Es su riqueza cualitativa la que abordaremos.

Los testimonios recogidos en “Los vecinos del horror”. nos permiten adentrarnos en los imaginarios y recuerdos de un conjunto heterogéneo de vecinos de ambos sexos, aunque mayoritariamente varones (sólo cuatro de los doce testimonios corresponden a mujeres), de por lo menos de dos generaciones distintas, y probablemente representantes tanto de sectores populares como de clases medias acomodadas⁴.

A pesar de este rico y heterogéneo panorama, la naturaleza breve y fragmentaria de los testimonios me han hecho desistir de tomar el testimonio individual o el barrio como unidades de trabajo.⁵ En cambio, he elegido trabajar los testimonios a partir de un ordenamiento temático que entreteje diversas problemáticas que relacionan la memoria, el testimonio y la responsabilidad.

El soporte fílmico de los testimonios me ha permitido considerar, además de la palabra dicha, un conjunto de rasgos que relacionados con las emociones de los testigos: la gestualidad, las pausas, los silencios, las interrupciones y la mirada. Este registro se

esfuma en el mismo momento en que tratamos de describirlo con palabras. En este sentido, el video es irremplazable.

A los efectos de presentar a nuestros testigos, y de facilitar y enriquecer la lectura del trabajo, presento a continuación un cuadro con datos que permitirán contextualizar la palabra que más adelante será citada.

	Campo	Localidad	Algunas Observaciones*
Testimonio 1 Hombre: (HT1) Mujer: (MT1)	Pozo de Banfield	Lomas de Zamora, Gran Buenos Aires	Pareja. Mayores de 65 años. Testimonian en el interior de su domicilio. Fuman y toman mate. Pareciera que están en el comedor de su casa (se observa parte del mobiliario y la decoración). El hombre se pone nervioso e incómodo durante la entrevista.
Testimonio 2 (T2)	Pozo de Banfield	Lomas de Zamora, Gran Buenos Aires	Hombre llamado Miguel. Entre 45 y 50 años. Testimonia al aire libre. Es el único vecino del cual se sabe el nombre. Vive en el barrio desde 1971.
Testimonio 3 (T3)	Pozo de Quilmes	Quilmes, Gran Buenos Aires	Mujer. Parece de edad avanzada. Sólo se registra su voz. Se infiere que la entrevista es al aire libre por el ruido ambiente. Se observa que la mujer está incómoda. Incurre en permanentes contradicciones.
Testimonio 4 (T4)	El Olimpo	Floresta, Capital Federal	Hombre. Mayor de 60 años. Testimonio al aire libre. Vive en el barrio desde 1967.
Testimonio 5 (T5)	El Olimpo	Floresta, Capital Federal	Hombre. Entre 40 y 45 años. El entrevistado es taxista. La entrevista transcurre adentro del taxi en movimiento. Vivió en Lacarra al 100, al costado del Olimpo, hasta el año 80-81.
Testimonio 6 (T6)	El Olimpo	Floresta, Capital Federal	Hombre. Mayor de 60 años. Testimonia al aire libre, ante el edificio donde funcionó El Olimpo. Esconde los ojos tras unos anteojos de sol.
Testimonio 7 (T7)	El Olimpo	Floresta, Capital Federal	Mujer. Entre 40 y 45 años. Testimonia al aire libre, frente al edificio donde funcionó el Olimpo. Vivió en el barrio antes del golpe. Luego se casó y se fue de Buenos Aires. Recuerda la actitud negadora de su familia, que seguía viviendo en el barrio y a quien ella visitaba cada tanto.
Testimonio 8 (T8)	C.O.T. I Martínez	San Isidro, Gran Buenos Aires	Hombre. Entre 45 y 50 años. El entrevistado trabaja en un quiosco de diarios, lugar donde transcurre la entrevista. El hombre lleva bigotes y campera. Fuma y no parece estar cómodo.
Testimonio 9 (T9)	C.O.T. I Martínez	San Isidro, Gran Buenos Aires	Hombre. Sólo se escucha su voz. Vive en el barrio desde fines de 1960. De acuerdo a referencias del T8, puede tratarse de un vecino que tenía una medianera lindante con el C.O.T.I. De ser así, él y su mujer son descritos por el quiosquero como <i>"gente que está en buena posición, un poco reservados"</i> .
Testimonio 10 (T10)		Barrio Norte (Arenales y Pueyrredón)	Mujer. Mayor de 70 años. Se trata del testimonio de una vecina que no convivió en vecindad con un campo son que presenció un operativo comando en su edificio. Testimonia en el Interior del su domicilio. Parece una persona franca y abierta. Fuma.

*Las edades consignadas en cada caso son una apreciación a partir del video. No corresponde a datos cotejados.

Testimonio y memoria: algunas precisiones conceptuales

Antes de sumergirnos en la palabra de los vecinos, quisiera establecer una distinción analítica entre dos dimensiones del testimonio: testimonio-discurso y testimonio-huella.

En tanto discursos, los testimonios comunican los recuerdos, representaciones, interpretaciones e imaginarios de quienes vivieron en vecindad con los campos. En este registro, se trata de discursos que dicen menos sobre los acontecimientos pasados que sobre el significado que sobre ellos construyeron los vecinos-testigos (PORTELLI, 1991, p. 42). Estos testimonios-discursos nos invitan a analizar las representaciones y los imaginarios que comunican, las subjetividades que se expresan, las experiencias de vida que a partir de ellos emergen⁶.

Pero además de sentido, todo testimonio conlleva en su núcleo una huella, una marca que es efecto y es signo del pasado (RICOEUR, 1999, p. 79). Es precisamente la huella de lo que ha visto u oído la condición de posibilidad del testimonio. Y es la acción de haberlo registrado la que asigna al testimoniante su legitimidad como enunciador.⁷

Ahora bien. Además de esta distinción entre el discurso y la huella, me interesa destacar que en tanto discurso, el testimonio puede ser interpelado para analizar tanto las experiencias, vivencias y representaciones que componen lo que llamamos memoria individual, cuanto la inscripción de las representaciones que integran lo que llamamos memoria colectiva.

En síntesis, reconocemos entonces en estos testimonios tres tipos de inscripciones heterogéneas: algo hay en ellos de inscripción de huellas de lo real pasado, algo de inscripción de lo subjetivo de las experiencias individuales y algo de inscripción de lo colectivo. A lo largo del recorrido estas dimensiones irán apareciendo, a veces en forma entretrejida, a veces en forma particular, pero sin perder jamás de vista que forman parte de una misma realidad discursiva.

La memoria del “Nunca más” frente a los testimonios de los vecinos

El reinado de la teoría de los dos demonios

La historia de la memoria colectiva sobre el pasado reciente tiene, en nuestro país, un punto de anclaje muy fuerte en la labor de la CONADEP, la publicación del “Nunca más” y el enjuiciamiento a la cúpula militar. Forjada en ese contexto particular de transición democrática y protagonismo de la lucha de los organismos de derechos humanos, la memoria colectiva sobre el pasado dictatorial quedó fuertemente asociada a la acción de la justicia y al intento de legitimación del nuevo gobierno democrático.

En este apartado me interesa trabajar la articulación de la memoria del “Nunca más” con los testimonios recogidos en “Los vecinos del horror.” En particular, quisiera interrogar una representación primera y nuclear asociada a esa memoria: la teoría de los dos demonios⁸.

La teoría de los dos demonios articula un conjunto de sentidos sobre el pasado y, por lo tanto, sobre el presente que debe finalmente diferenciarse de él. Sintéticamente esta teoría afirma que existió una guerra entre dos demonios (la guerrilla y las Fuerzas Armadas) cuya violencia análoga recayó injustamente sobre una sociedad que en su conjunto ignoraba lo que sucedía y que, por lo tanto, fue víctima inocente de la barbarie. De hecho, se considera que todas las víctimas fueron esencialmente inocentes. Esa idea se sintetiza en la evocación, en forma descontextualizada y despolitizada, de la figura del desaparecido. Finalmente, los que adhieren a esta teoría afirman que los jefes de ambos grupos son los únicos responsables y culpables por lo acontecido.⁹

A lo largo de este apartado me propongo, por un lado, revisar críticamente algunos supuestos de la memoria del Nunca Más y la teoría de los dos demonios (en particular, la representación de una sociedad ignorante y víctima del terror estatal) a partir del análisis

de los testimonios de los vecinos. Por otro lado, me propongo rastrear las marcas discursivas que ha dejado la memoria del Nunca Más en los testimonios de los vecinos.

En relación al primer objetivo, quisiera desarmar la representación maniquea de la sociedad víctima y reintroducir las tensiones y contradicciones de una realidad compleja y múltiple.

En relación al segundo objetivo, quisiera demostrar que los relatos y representaciones del "Nunca más" han cumplido eficazmente una función performativa en las representaciones e imaginarios que recogen los testimonios (VEZZETTI, 1998, p. 5)¹⁰. Considero que esa eficacia puede explicarse, entre otras cosas, por el hecho de que esas representaciones exoneran a la sociedad como colectivo y a cada uno de sus integrantes de hacerse cargo de la difícil (pero fundamental) tarea de preguntarse: y yo, ¿qué tengo que ver en esto?¹¹.

¿Y yo, qué tengo que ver en esto?

Interpelar la representación de la sociedad como víctima ignorante y pasiva no supone, como bien advierte Hugo Vezzetti, arrojar una culpabilidad general y masiva a toda la sociedad ni concebir a ésta como un conjunto homogéneo, como un sujeto colectivo que actúa unificadamente (VEZZETTI, 2002, p. 38). Tampoco se trata de desresponsabilizar a los criminales, a los verdaderos ejecutores del horror. Se trata, en cambio, de poder ubicar eso que Karl Jaspers denominó culpa política¹² y que Vezzetti ha introducido en los debates académicos y discusiones académicas sobre la memoria y el pasado reciente.

Como veremos, la realidad dista mucho de las imágenes simplistas y maniqueas. Ni sociedad víctima ni tampoco sociedad verdugo. Porque si bien es indiscutible que los ciudadanos se convirtieron en blancos de la intimidación política y represiva y que respondieron adaptándose o resistiendo en los marcos en que se desenvolvió su vida cotidiana (CORRADI, 1985, p. 171), también

es cierto que los rasgos autoritarios de la sociedad dieron lugar a actitudes de consenso y consentimiento implícito y explícito a los objetivos del régimen, omitiendo incluso el cuestionamiento por su metodología represiva¹³.

Los testimonios que vamos a comentar ahora nos ofrecen un rico y heterogéneo panorama de experiencias que nos hablan tanto del terror como del acomodamiento, de la angustia como del consentimiento, de la ignorancia como del conocimiento sobre lo que sucedía en los campos de concentración emplazados en los barrios.

Escenas diurnas, escenas nocturnas¹⁴

¿Qué información circulaba en la sociedad acerca de los mecanismos represivos del gobierno militar? ¿Qué sabía y qué no sabían los vecinos sobre lo que intramuros, a escondidas, ocurría en los emplazamientos del horror? ¿Qué señales les llegaban del campo? ¿Cómo eran significadas?

Aunque muchos de los vecinos niegan haber tenido en su momento idea de lo que ocurría, casi todos afirman haber percibido “movimientos raros”¹⁵, señales a veces indescifrables, a veces contundentes, que ocurrían en el barrio preferentemente por las noches.

La noche, escenario de la impunidad y el terror, desparramó vestigios, ecos a veces no tan lejanos de la realidad subterránea, negada. Por las noches, el registro primario de lo indecible llegaba a los vecinos mediante imágenes visuales o señales auditivas.

Hasta acá se oían los gritos. (MT1).

A las tres, a las cuatro de la mañana venían esas camionetas grandes y bajaban gente. Nosotros observábamos que bajaban gente; con la policía bajaban toda la gente y los metían adentro. A veces se sentían gritos. (T2).

Hay gente que dice que escuchaba gente adentro donde se supone que ocurrían cosas porque se oían gritos y

toda la movida nocturna. Durante el día no pasaba mayormente nada. De afuera no se veía nada. El tema era nocturno. (T7).

Pero si la noche era el terreno de la angustia y las conjeturas los testimonios también dan cuenta de otros movimientos raros, menos sutiles, que pasaron a formar parte del día a día de unos vecinos que parecen haber perdido la capacidad de asombro:

Y en cuanto estacionaba un choche ahí, esté, esté... ponía... enseguida un pito y ahí, y al segundo pitazo ya salía una tropa de gente corriendo con el arma en la mano... Eso sí lo presencié. (T4).

Claro, venía el jefe de policía, Camps, bajaba del helicóptero ahí, en esos terrenos que eran baldíos, se jugaba al fútbol [...] Y venía Camps con un montón de policías y estaban una hora, dos horas ahí adentro. Esto estaba lleno de policías, no se podía pasar, Y después se iban. (T2).

Además de lo visto o lo oído, los testimonios dan cuenta del chimento, del boca a boca, (escenas propias de la sociabilidad barrial) como vehículo de información:

[...] ese comentario ya era general [...] Todo el barrio lo sabía. (T1).

[...]Jera vox populi, ya todo el mundo sabía, que era una cosa que ya en cierto modo era una cosa que ya todos nos habíamos acostumbrado a ver todo cercado, ¿no es cierto? (T3).

¿Cuáles eran los rumores? ¿Comentaban cuando iban a hacer las compras de lo que pasaba acá en el pozo?

Yo [no(?)] sabía yo primero que trabajaba, estaba muy poco en mi casa. Si me enteraba me enteraba por mi señora

¿Y qué le decía su señora?

Y – dice – vos sabés que hoy vino el jefe de policía, estuvieron todo lleno de custodios acá. Dice, el otro día bajaron de esos coches por lo menos diez. Con las esposas los bajaban y los metían ahí adentro [...] A veces se veía que bajaban gente.

Lo que estos testimonios nos muestran es que algo de la clandestinidad de los centros de tortura desbordaba y penetraba el barrio dejando rastros que eran percibidos por los vecinos tanto en forma visual como auditiva¹⁶. Prueban, también, que la información circulaba, que existían rumores y, como veremos un poco más adelante, también diversas conjeturas sobre lo que ocurría. Prueban, finalmente, que no era necesario estar involucrado directa o indirectamente con la militancia para tener algún tipo de registro sobre los mecanismos represivos del régimen. En definitiva, nos sirven de indicio para cuestionar la imagen arraigada de la sociedad como víctima ignorante y pasiva.

Quien quiera ver que vea, quien quiera oír que oiga: algunas continuidades

Dice Pilar Calveiro en relación al campo de concentración que “por su cercanía física, por estar de hecho en medio de la sociedad, del otro lado de la pared, sólo puede existir en medio de una sociedad que elige no ver, por su propia impotencia, una sociedad desaparecida, tan anonadada como los secuestrados mismos” (CALVEIRO, 1995, p. 147-148). Esta proposición, sin duda indiscutible a nivel macro, se fragmenta, en el nivel del análisis micro, en una realidad mucho más compleja y heterogénea, que podemos representárnosla en el sinnúmero de matices posibles entre estos dos testimonios:

Sobre todo me quedó la certeza de lo que estaba pasando. La certeza de que lo que hasta ese momento había oído, dubitativamente, era una certeza absoluta. (T10).

A usted le parecerá que no es así, estando tan cerca, pero yo no he visto... por acá está en esta dirección; a lo mejor los que viven por ahí más cerca, enfrente, o algo... pero yo sinceramente no vi. Trabajarían de noche, no sé. (T3).

¿Se trata de simple desconocimiento, en el sentido de desinformación, lo que puede explicar el segundo de estos testimonios o, como dice Pilar Calveiro, tiene que ver con una sociedad, o parte de ella, que elige no ver? Ni simple desinformación, ni simple elección consciente y deliberada de no ver. Como veremos más adelante, hay además otro tipo de componentes, relacionados con experiencias traumáticas, con el miedo, con las necesidades de auto-reproducción cotidiana que matizan estas ideas simplistas y muestran una realidad mucho más compleja y heterogénea.

Algunas continuidades

Entre la gente que yo frecuento el sentimiento más grande era de compasión y de horror [...] Un sentido de indefensión tremenda. (T10).

A lo mejor, otro vecino que estaba más al frente puede ser que haya visto algo, ¿no? [...] pero yo acá, a media cuadra, no es fácil de ver para allá. (T3).

Si consideramos estos fragmentos en relación a los que han sido trabajados en el apartado de más arriba, es tentador pensar que ciertos rasgos de las conductas políticas del pasado perviven en el presente. Como dice María Sonderéguer,

[...] los consensos y disensos en la apropiación del pasado manifiestan sus efectos en el presente o quizás, a la inversa, desde las condiciones del presente se crean, eluden y comprenden los hechos del pasado (SONDEREGUER, 2001, p. 99).

En efecto, en los fragmentos citados se observa que la mujer del T3, que afirma aun 13 años después de finalizada la dictadura no haber tenido ningún tipo de indicio sobre lo ocurrido viviendo tan sólo a media cuadra donde funcionó el Pozo de Quilmes (pero yo acá, a media cuadra, no es fácil ver para allá) se muestra esquiva y reacia a la entrevista y es una de las dos entrevistadas que no da la cara frente a las cámaras.

En cambio, la señora del T10, que recibe a los entrevistadores en su casa y relata en primera persona su experiencia como testigo de un operativo de secuestro, expresa su malestar pasado con lo acontecido en términos de pleno conocimiento en términos de pleno conocimiento de lo que ocurría (compasión, horror, tremenda indefensión).

Más allá de las dificultades metodológicas que supone intentar aislar el tiempo presente del relato del tiempo pasado referente de la memoria¹⁷, los testimonios que estamos considerando muestran las posturas más extremas con relación al problema del conocimiento des-conocimiento de lo que ocurría en el barrio durante los años de la dictadura y, paralelamente, en relación a la capacidad de asumir hoy la responsabilidad por el pasado reciente.

Sabido no-sabido

El recuerdo puede aflorar de diversas maneras: “puede ser redundante o elusivo, mostrarse como retorno u ocultarse en la figura del suspenso, puede tener la recurrencia del ritual o la ruptura de la negación, puede ser alusivo y travestido” (SONDERÉGUER, 2001, p. 100). Analizar estas características del recuerdo en los relatos de los vecinos del horror nos permiten interrogar sus contradicciones y sin sentidos.

Mientras que, como acabamos de ver, muchos de los testimonios dan cuenta de que efectivamente había indicios directos (auditivos, visuales) e indirectos (rumores que circulaban) en el barrio sobre la existencia de los campos de concentración, por otro lado es recurrente la afirmación de que nada sabía sobre aquello. Por ejemplo, uno de los testimoniados afirma:

Nadie se imaginaba el horror [...] ni nosotros, ni nadie del barrio, podía conocer que eso iba a ser una prisión política. (HT1)¹⁸.

Sin embargo, en otra parte de la entrevista, el mismo testificante declara haber visto, con sus propios ojos, cuando se construían los calabozos del Pozo de Banfield:

Entonces ellos empezaron a hacer la construcción de eso, y nosotros vimos que bajaban unas rejas poderosísimas, cuatro monos para bajar esas rejas, ¿viste? Porque son los calabozos del subsuelo. (HT1).

Es decir que la negación inicial – “nadie se imaginaba el horror” – adquiere en el testimonio, al mismo tiempo y contradictoriamente, una connotación afirmativa que, parafraseando, podríamos enunciar de la siguiente manera: nadie se imaginaba el horror, pero todos (en el barrio) sabíamos sobre el horror. Porque si bien es indiscutible que en los años de la dictadura nadie podía imaginarse el horror en los términos y con las connotaciones que, después del advenimiento de la democracia, del Nunca Más y del Juicio a las Juntas, adquirió el pasado reciente, los testimonios analizados hasta el momento hablan, indiscutiblemente, de que cierta información sobre esa realidad circulaba y se filtraba de diversas formas por la sociedad. Con lo cual, nuevamente, es imperioso discutir la representación de la sociedad ignorante.

Sobre prostitutas, fiestas y rateros o los lobos de una sociedad autoritaria

Si partimos de la idea de que efectivamente la información circulaba, podemos preguntarnos ahora qué pensaba la gente, cómo significaba la información recibida. A continuación, presentamos, a modo de ejemplo, algunos fragmentos que muestran las conjeturas de los vecinos, conjeturas que revelan el imaginario de estos discursos, y que al mismo tiempo hablan, de algún modo, de la demanda de orden que estuvo en la base del consenso al régimen militar.

No, movimiento aquí no se veía nada. Mirá que yo solía venir a las 2, a las 3, a las 4 de la mañana. Una sola vez sentí uno que se quejaba y decía basta, basta, no me peguen más. Pero yo pensé que sería un ratero que le están¹⁹ (T3).

- [...] bueno, lo que sí se escuchaba desde el fondo de acá (era) cuando las mujeres llamaban al Cabo IV, seguramente para hacer sus necesidades, o qué sé yo, y entonces se escuchaba Cabo IV, Cabo IV, Se ve que las atendían.

- cuando escuchaban Cabo IV, ¿qué se imaginaban?

- y, que había mujeres detenidas, ¿viste? Porque vos siempre lo relacionás con la prostitución... (T1).

No teníamos certeza de nada; pensamos que podría haber sido, eh, qué sé yo... que torturaran a alguien. De eso no tenemos certeza. Suponemos que ha de ser así por lo que después se dijo. En ese momento, bueno, han pasado muchos años. En ese momento pensábamos que algo irregular sucedía. Pero ya le digo, no tuvo ninguna trascendencia. (T9).

Como dice Guillermo O'Donnell, la implantación del autoritarismo político soltó los lobos en una sociedad mucho más autoritaria y represiva de la que en general estamos dispuestos a considerar (O'DONNELL, 1987, p. 17). Porque si bien es cierto que la imagen de las prostitutas vela el conflicto en tanto conflicto político, no deja de ser llamativo que rateros y prostitutas merecieran, al parecer de algunos vecinos, el encierro y la tortura, y que la suposición de una escena de horro fuera considerada como algo "sin ninguna trascendencia" por otro.

“Alguna cosa tienen que haber hecho”: el consenso al régimen represivo

El siguiente testimonio pertenece a Miguel, el único vecino del que sabemos el nombre:

- Para mí [vivir en el barrio] era bueno. Para mí era bueno. Porque yo tenía [...], es decir, con la cuestión de ahora de los chorros, de los ladrones, todas estas patotas, estos drogadictos, estos borrachos que andan aquí, que son las ocho de la noche y uno tiene que meterse adentro [...]
- Pero ahí mataban gente.
- Y bueno, a mí nunca me hicieron nada, yo trabajaba. Si mataron gente por algo los mataron, porque alguna cosa tienen que haber hecho. Pero yo mostraba los documentos, me decían “¿de donde viene?” “De tal lado”, “¿dónde trabaja?” “En tal lado”, “está bien, váyase”. Ahora, los demás, algo, si los mataron. Dicen que (había) mucha gente inocente. Qué sé yo. Pero había gente que... Yo conocía muchachos que andaban disparando que eran estudiantes pero que eran comunistas. (T2).

El testimonio de Miguel nos acerca a uno de los núcleos menos interrogados y más ocluidos por la memoria del Nunca Más y la teoría de los dos demonios: el consenso explícito que recibió el golpe de estado: Si mataron gente por algo los mataron, porque alguna cosa tienen que haber hecho.

El testimonio revela, al mismo tiempo, la existencia de un anticomunismo como forma genérica de señalamiento de la otredad, que no es siempre o necesariamente construida en términos políticos²⁰: sin ninguna explicación o reparo, los chorros, los ladrones, todas estas patotas, estos drogadictos, estos borrachos se transforman en el testimonio de Miguel, a penas unas líneas más abajo, en muchachos que andaban disparando que eran estudiantes pero que eran comunistas. Chorros – patotas, drogadictos, estudiantes – son englobadas en el término indiscriminado de comunismo que, evidentemente, más que señalar a un grupo político particular (no olvidemos que la guerrilla más importante era peronista y trotskista,

no comunista) señala todo lo que debe ser reprimido y anulado por un Estado omnipotente al que se le dirige una demanda de orden.

Miedo y consenso

El testimonio de Miguel que acabamos de comentar revela sin pudor el trasfondo reaccionario que confluyó con los objetivos del golpe. Y sin embargo, nuevamente, la realidad se nos presenta con una gran complejidad que entreteje el consenso con otra protagonista fundamental de esa historia: el miedo. Dice Miguel en otro lugar de la entrevista:

No, yo no recuerdo bien. Gritos que se sentían, voces fuertes que gritaban. Lógicamente nosotros no podíamos porque teníamos miedo también, no nos dejaban.

¿Miedo de qué tenían?

Y miedo de que [...] si nosotros no podíamos pasar por la vereda, ponían acá las vallas y clausuraban la calle (T2).

Los ejemplos de referencias sobre el miedo son constantes y algo de eso hemos comentado más arriba. Me quedo con en el testimonio de Miguel ya que articula en una misma voz, en una misma memoria, el miedo y el consenso y nos permite pensarlos como dimensiones entrelazadas que formaron parte de una misma realidad y se condicionan mutuamente.

Huellas de la eficacia performativa de la Memoria del “Nunca más”

Sin embargo, hay otra lectura posible de la articulación entre miedo y consenso que el testimonio de Miguel sugiere fuertemente. Sin negar la verosimilitud de lo recién afirmado en el sentido de la coexistencia del miedo y el consenso como partes de una misma realidad, creo que la coexistencia de marcas discursivas del miedo

y del consenso en el testimonio de Miguel puede ser el resultado de la superposición del tiempo pasado y el tiempo presente en el registro testimonial. Vale decir que, teniendo en cuenta los otros fragmentos del testimonio comentados, el consenso parecer formar parte de la experiencia pasada de este vecino de Lomas de Zamora que convivió con el Pozo de Banfield mientras que el “miedo” podría ser una impresión posterior (a ese pasado dictatorial) que afecta retrospectivamente el sentido. Si esta hipótesis es plausible, podemos retomar idea de la eficacia performativa del relato del “Nunca más” que comentábamos más arriba.

Me gustaría llamar la atención sobre otro aspecto en el cual se advierte en forma clara la inscripción de ciertas figuras y representaciones de la memoria colectiva en los relatos de los vecinos. Volviendo al testimonio de Miguel, me gustaría reparar en el siguiente fragmento: Dicen que (había) mucha gente inocente. Qué sé yo. Tomado en su contexto de enunciación, y puesto en relación con los componentes reaccionarios y consensuales que señalamos, la presunción de inocencia que emerge de su testimonio también parecería estar afirmando la hipótesis de la eficacia performativa de la memoria del “Nunca más” y la teoría de los dos demonios.

Negación, adaptación y trauma

Es indudable que cada experiencia de convivencia con el horror ha sido cada vez única, privada, irrepetible. En los fragmentos que siguen, quisiera recoger algo de esa dimensión individual de la experiencia pasada.

[...] acá era una cosa [...] viste como te adaptás a todo. Era eso y era eso. (MT1).

Yo me niego a creerlo todavía ahora, porque si sólo un 10% de lo que se dijo fue verdad, tendría que dejar de creer en el ser humano. (T6).

Nunca imaginé lo que era eso. Porque si no me hubiera agarrado un pánico terrible. (T4).

Me cuesta mucho estar cerca, me cuesta venir. [...] No quiero ni acercarme, no pude entrar cuando tuve que hacer el trámite del auto, no quiero escuchar lo que pasa, lo que vino de acá adentro, bueno, lo que está grabado, acá más fuerte por ahí que en toda la ciudad. (T7).

Los fines de semana normalmente ponían música de los Beatles al mango, música de rock and roll al mango y el comentario de los vecinos, de algunos vecinos que todavía éramos un tanto ingenuos, era que mirá, cómo se divierten los milicos, ponen música al mango, la deben estar pasando bomba. Qué sé yo. Y En ese momento, bueno, uno pensaba ingenuamente que era simplemente un acto de diversión, de distracción y después se descubrió que era una pantalla para tapar posibles actos de gritos, de tortura, en fin, ¿no? (T5).

Estos fragmentos nos muestran un amplio abanico de experiencias pasadas, de una diversidad de respuestas que van desde la adaptación (¿pasiva? ¿resignada? ¿ingenua? ¿complaciente?) a distintas formas de negación, desde el yo nunca imaginé lo que era eso al viste como te adaptás a todo o el uno pensaba ingenuamente que era simplemente un acto de diversión.

Pero estos fragmentos también nos hablan sobre lo inasimilable de la realidad pasada y sobre las marcas traumáticas de esa experiencia que se actualizan y reactualizan en cada presente, en cada momento, sin posibilidad de sutura: me cuesta venir, no quiero acercarme; me niego a creerlo todavía ahora.

Doblemente ausentes: duelo y desaparición

En todos los testimonios analizados, hay una presencia permanente y sin embargo innombrada: el desaparecido. He rastreado a lo largo de todos los testimonios los vocablos desaparición, desaparecido, desaparecer, desaparecedor y no los he encontrado en

ninguna de los 10 entrevistados. El desaparecido es entonces una presencia central, pero ausente. O una ausencia sintomática que habla de su inevitable presencia.

Ciertamente, todos los testimonios bordean su figura. Algunos lo hacen a través de las huellas del horror inscritas en los relatos (registros auditivos, registros visuales, rumores). Otros mediante las figuras travestidas de rateros y prostitutas. Pero todos omiten pronunciar estas doce letras juntas: d-e-s-a-p-a-r-e-c-i-d-o. ¿Por qué? ¿Por qué esta desaparición del desaparecido?

Si, como vimos en el apartado anterior, el trauma tiene una dimensión privada, íntima, subjetiva, la desaparición del desaparecido, en este caso, nos está hablando de un trauma colectivo, de un trauma relacionado con la imposibilidad de un duelo que se revela como una herida abierta que nos mortifica en el presente. La desaparición es, como dice Alejandro Kaufman, una figura vacía, una figura que no tiene relación con los muertos, en cuanto los excede. Es un exceso que suspende el tiempo. "Sus efectos son prolongados y se destinaron a mantener lo irreparable de la pérdida". En su acto de producción, "está implicada una permanencia irreversible. Esta es la especificidad del crimen de la desaparición" (KAUFMAN, 1996, p. 38, 41).

A lo mejor, abordar colectivamente la pregunta por la sociedad y la responsabilidad colectiva contribuya, al menos, a que esta herida no sangre tanto.

“Los otros testigos”: algunas reflexiones sobre la naturaleza de los testimonios

A propósito de Auschwitz, y retomando la obra de Primo Levi, Giorgio Agamben afirma que el verdadero testigo, el testigo absoluto, es, paradójicamente, aquel que no puede testimoniar y que, en la jerga de Auschwitz, se denomina musulmán²¹.

En el universo filosófico de Agamben, el testimonio adquiere entonces, necesariamente, una estructura dual que vincula a quien

no puede testimoniar (el musulmán) con quien testimonia en su nombre, por delegación: el sobreviviente.

El testimonio del sobreviviente contiene en su centro algo que es, esencialmente, intestimoniabile. Se trata de un testimonio que vale por lo que falta, es decir, por la palabra ausente de quien ya no está.

¿Podemos emparentar a nuestros vecinos del horror con la figura del testigo integral de Levi y Agamben? ¿Qué naturaleza tienen estos testimonios? ¿Quién testimonia? ¿Sobre qué?

A diferencia de la figura trabajada por Levi y Agamben, no se trata en nuestro caso de sobrevivientes de los campos de concentración, que han sobrevivido al horror para poner en palabras el testimonio de quienes no pueden testimoniar (es decir, los desaparecidos). Se trata, más banalmente, de testimonios de quienes convivieron, pared mediante, con ese horror. Por lo tanto, a primera vista, es fácil refutar la hipótesis de que existe una filiación entre nuestros vecinos y la figura del testigo absoluto. Y sin embargo.

Y sin embargo, a través de estos testimonios nos llegan algunos susurros de quienes podemos considerar los verdaderos testigos integrales de los campos de concentración argentinos. Aunque se trata sólo de destellos, algo en estos testimonios lleva inscrita la huella de lo intestimoniabile: registros visuales de los cuerpos faltantes justo antes de la desaparición, registros auditivos sobre el terror que precede a lo verdaderamente inenarrable. Y sin embargo.

Y sin embargo, se trata de inscripciones de registros (visuales y auditivos) excesivamente pobres y de experiencias radicalmente diferentes a la del sobreviviente del campo. En tanto huella, lo único que podemos recoger en estos testimonios es una confirmación de lo real, algo así como la confirmación del noema de la fotografía de Barthes: un "esto ha sido".²² No más que eso.

Pero si estos testimonios se nos presentan sumamente limitados en su naturaleza para testimoniar en el lugar de quien no tiene palabras para hacerlo, han servido para indagar y reflexionar acerca de algo que hasta ahora permanece indecible: el apoyo, la conformidad y los distintos grados de consenso social con que contó

el régimen militar, que hacen añicos la cómoda y maniquea imagen del terror y la ignorancia.

Es preciso comenzar a cuestionar ciertos silencios y a interrogar críticamente los testimonios sobre ese pasado. Porque si el Mal es en sí mismo ininterrogable, es nuestro deber preguntarnos por sus condiciones de posibilidad.

Una historia que no volver a contarse de la misma manera

A modo de epílogo, me gustaría concluir con imágenes del viejo barrio de Floresta evocadas por los vecinos.

Yo conocí esto cuando era la terminal de tranvía. Y tengo entendido que los calabozos los hacía en las fosas que hacían para reparar y limpiar los coches, ahí, entonces estaba, como está bajo el nivel del suelo, los pozos estaban ahí, los calabozos. (T4).

El campo de concentración ha avasallado el recuerdo del tranvía, representante imaginario de un país pujante, tolerante y generoso. La Argentina no es la misma después de los treinta mil desaparecido que dejó el último gobierno militar. Tampoco su historia.

A mi se me revierte toda la historia. Este era para mi un lugar agradable porque bueno un tío mío que era tranviario y yo pasaba por acá y era bueno, el tío Agustín y me acordaba de todas estas cosas lindas que el nos contaba de su trabajo. Y hay un momento de mi vida en que esto se da vuelta. No quiero ni acercarme, no pude entrar cuando tuve que hacer el trámite del auto, no quiero escuchar lo que pasa, lo que vino de acá adentro, bueno, lo que está grabado, acá más fuerte por ahí que en toda la ciudad. (T7).

Notas

* Entrevistas: Sebastián Clemente, Enrique Porterie, Genaro Press, Damián Roth, Santiago Zari; Cámara y edición: Zebra Producciones; Coordinación y guión: Genaro Press; 1996.

**Docencia: Ayudante de primera en la cátedra "Historia Argentina II (1862-1916)" a cargo de las professoras Hilda Sabado (titular) y Mirta Zaida Lobato (adjunta), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

¹. Para quien desee consultar, se incluye como anexo una descripción de cada uno de estos centros clandestinos tomada del "Nunca más".

². El montaje entreteteje para textos con fragmentos de García Lorca, Tomas Eloy Martínez, Miguel Hernández, Primo Levi etc.

³. Cifra aproximada. Se estima que existieron unos 340 campos de concentración que funcionaron en 11 de las 23 provincias del país, y por los cuales pasaron entre 15 y 20 mil personas, el 90% de las cuales fueron asesinadas (CALVEIRO, 1995, p. 29).

⁴. Esto último ha sido inferido a partir de ciertos rasgos del lenguaje, del inmobiliario y el mobiliario, de la vestimenta e incluso de ciertas pistas que algunos vecinos dan sobre otros en el mismo video.

⁵. Otros aspectos que tampoco se han podido explotar dada la naturaleza de los testimonios son el género, la diferencia socioeconómica y la cuestión generacional.

⁶. "La importancia del testimonio oral puede residir no tanto en su adherencia al hecho, si no más bien en su alejamiento del mismo, cuando surge la imaginación, el simbolismo, el deseo. Por lo tanto, no hay fuentes orales falsas" (PORTELLI, 1991, p. 43).

⁷. Es lo que Paul Ricoeur denomina carácter pasivo del testimonio. "Antes de decir algo, el testigo ha visto, oído o sentido (o ha creído ver, oír o sentir, la diferencia tiene poca importancia). En resumen, se encuentra impresionado, quizá lastimado, afligido o herido, y, en cualquier caso, afectado por el acontecimiento. Al decir algo, expresa ese estar afectado por [...] En ese sentido, podemos hablar de la impresión del acontecimiento anterior al propio testimonio, de la impresión que éste comunica." (RICOEUR, 1999, p. 83).

⁸. Primera y nuclear en tanto está asociada al mito de la refundación democrática y la articulación de un potente imaginario colectivo. Sin embargo, es importante destacar que la teoría de los dos demonios no era en los '80 una representación novedosa y que podemos rastrear sus orígenes en la génesis del último golpe de estado. Ver Vezzetti (2002).

⁹. Para una historia de la memoria colectiva sobre el pasado reciente y una caracterización de la teoría de los dos demonios ver Cerrutti (1991).

¹⁰. Lo que me interesa enfatizar es que, hasta nuestros días, esta particular lectura sigue moldeando las representaciones sobre el pasado reciente. Aun cuando en los años '90 aparecieron otros relatos sobre el pasado con sus representaciones y significaciones propias (testimonios de ex militantes guerrilleros y testimonios de represores construidos a partir de la polémica figura del arrepentido), ninguno de ellos ha interrogado el núcleo básico de significados de la memoria del "Nunca más" e incluso parecerían, aun sin proponérselo explícitamente, haberlo reforzado. Vale decir, ninguna de estas memorias ha puesto en entredicho la imagen de la sociedad como víctima inocente e ignorante.

¹¹. Son muchos los autores concuerdan, en relación con esa representación del pasado asociada a la memoria del "Nunca más", que se ha dado una suerte de acuerdo o pacto entre gobierno y sociedad, sostenido, entre otras cosas, tanto por el temor de la repetición de ese pasado traumático y como por la dificultad de asumir colectivamente la pregunta por la responsabilidad sobre lo sucedido. Ver, por ejemplo, Cerrutti (1991) y Sonderéguer (2001), así como los mencionados trabajos de vezzetti.

¹². Jaspers desagregó el concepto de culpa en culpa criminal, culpa política, culpar moral y culpa metafísica. Ver Jaspers (1998).

¹³. Para un trabajo pionero y muy sugerente sobre los rasgos autoritarios de la sociedad argentina y su relación con el golpe, ver O'Donnell (1987).

¹⁴. Vale la pena repasar la descripción sobre los campos de concentración que se presentan en el anexo (tomadas del "Nunca más") para hacerse una idea del lugar espacial que estos centros ocupaban en los barrios. Esas descripciones nos hablan de grandes edificios, de largos paredones

con ventanas tapiadas, de medianeras lindantes con casas del vecindario. También hablan de trabajos de reacomodamiento de los edificios, de agregados de mampostería o chapa para el aislamiento etc. Tanto estas construcciones, como la permanente vigilancia y custodia, no pueden haber pasado desapercibidas para los vecinos. Muchos de ellos nos cuentan sobre estos aspectos.

¹⁵. Utilizamos las comillas debido a que una de las preguntas recurrentes de los entrevistadores es sobre el registro de “movimientos raros” en el barrio.

¹⁶. Sobre las huellas de esa realidad pasada inscrita en los testimonios de los vecinos volveremos en la última parte del trabajo.

¹⁷. Como dicen Elizabeth Jelin y Susana Kaufman, el trabajo de rememoración “implica una construcción actual, una relación con el pasado en tiempo presente”. (JELIN; KAUFMAN, 2001).

¹⁸. Es interesante resaltar, en este caso, el deslizamiento que supone tomar al campo de concentración como sinónimo de “prisión política”.

¹⁹. Interrupción del relato.

²⁰. Sin ir más lejos, acabamos de mencionar el ejemplo de la prostituta y el ratero.

²¹. En la obra de Agamben el musulmán aparece como una compleja construcción que abarca tanto una categoría ética y política, que está en la base de su ensayo sobre el testimonio, cuanto el estado particular en el que muchos presos de los campos de concentración caían. “El denominado Muselmann, como se llamaba en el lenguaje del Lager al prisionero que había abandonado cualquier esperanza y que había sido abandonado por sus compañeros, no poseían ya un estado de conocimiento que le permitiera comparar entre bien y mal, nobleza y bajeza, espiritualidad y no espiritualidad. Era un cadáver ambulante, un haz de funciones físicas ya en agonía” (AGAMBEN, 1999). Se les decía musulmanes debido a que por su estado físico, y la posición que adoptaban, cuando se los veía de lejos parecían musulmanes en oración.

²². Dice Barthes: “nunca puedo negar en la Fotografía que la cosa ha estado allí. Hay una doble posición conjunta: de realidad y de pasado. Y puesto que tal imperativo sólo existe por sí mismo, debemos considerarlo por reducción como la esencia misma, el noema de la Fotografía. [...] El nombre del noema de la Fotografía será, pues, esto ha sido”. (BARTHES, 1999).

Referencias

AGAMBEN, Giorgio. **Lo que queda de Auschwitz: El archivo y el testigo**. Homo sacer III, Pre-Textos, Valencia, 1999.

BARTHES, Roland. **La cámara lúcida: notas sobre fotografía**. Buenos Aires: Editorial Piados: 1994.

CALVEIRO, Pilar. **Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina**. Buenos Aires: Colihue, 1995.

CERRUTTI, Gabriela. Entre el duelo y la fetichización. La historia de la memoria. **Puentes**, año 1, n. 3, La Plata, mar. 1991.

CORRADI, Juan. La cultura del miedo en la sociedad civil: reflexiones y propuestas, In: CHERESKY, I.; CHONCHOL, J. (Comps.). **Crisis y transformaciones de los regímenes autoritarios**. Buenos Aires: Eudeba, 1985.

JASPERS, Karl. **El problema de la culpa**. Buenos Aires: Paidós, 1998, [1945].

JELIN, Elizabeth; KAUFMAN, Susana. Los niveles de la memoria: reconstrucciones del pasado dictatorial argentino. **Entrepasados**, n. 20, Buenos Aires, 2001.

KAUFMAN, Alejandro. Desaparecidos. **Confines**, Buenos Aires, n. 3, sep. 1996.

LOS VECINOS DEL HORROR. Los otros testigos. Idea: María S. Cantino; Graciela Guilis.

NUNCA MÁS, Informe e la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

PORTELLI, Alessandro. Lo que hace diferente a la historia oral. In: MOSS, Portelli et al. **La historia oral**. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991.

RICOEUR, Paul. **La lectura del tiempo pasado**: memoria y olvido. Madrid: Arrecife, 1999.

O'DONNELL, Guillermo. Democracia en la Argentina: micro y macro. In: OSZLAK (Comp.). **Proceso, crisis y transición democrática/1**. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1987.

SCHMUCLER, Héctor. Ni siquiera un rostro donde la muerte hubiera podido estampar su sello. Reflexiones sobre desaparecidos y memoria. **Confines**, n. 3, sep. 1996.

SONDERÉGUER, María: Los relatos sobre el pasado reciente en Argentina: una política de la memoria, **Iberoamericana**, Madrid, v. 1, 2001.

VEZZETTI, Hugo. Activismos de la memoria: el escrache. **Punto de Vista**, n. 62, dic. 1998.

_____. **Pasado y presente**: guerra, dictadura y sociedad en la Argentina. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

Abstract

The aim of this article is to analyze a series of testimonies of neighbors of clandestine detention and torture centers in the last Argentinean military dictatorship (1976-1983). These testimonies are taken from a documentary independent film (entitled "The neighbors of horror: the other witnesses" made by social scientists in 1996, on the 20th anniversary of the coup d' etat, which researched everyday life and cohabitation with horror. The testimonies are taken both as documentary source and as an excuse to analyze our part reality and, above all, the individual and collective representations constructed about our recent past. The testimonies are used as a way to interrogate the intersection between the individual and the collective, memory and testimony, reality and its representations, analyzed as they appear in the documentary. As a conducting feature of these testimonies there is a concern about collective responsibility, both in relation to the military dictatorship (i.e., the repressive and authoritarian culture that accompanied the regime) and to the responsibility of the collective memory of that particular past.

Keywords: individual memory, collective memory, testimony, collective responsibility.

ANEXO: Los campos de concentración de los testimonios¹

Pozo de Banfield

Ubicación: Intersección de las calles Siciliano y Vernet, a dos cuadras de Av. 10 de Setiembre de 1861, llamado "Camino Negro", Partido de Lomas de Zamora, Provincia de Buenos Aires. Actualmente funciona en ese lugar la Brigada de Homicidios, y anteriormente, la Brigada de Seguridad, Investigaciones e Inteligencia.

¹. Tomado de "Nunca más", Informe e la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, Eudeba. Buenos Aires, 1999. p. 80, 89-90, 95.

Descripción: Acceso peatonal por la calle Vernet y vehicular por Siciliano, hacia un patio interno. Edificio de tres plantas, de unos 25 metros de frente por 20 de fondo. En la planta baja, la oficina del Jefe, sala de torturas y otras dependencias. En el primer piso, calabozos, oficinas, comedor y casino de personal, cocinas y baño. En el segundo piso: calabozos y baño.

Pozo de Quilmes

Ubicación: Allison Bell s/n esquina Garibaldi, en el centro de la ciudad de Quilmes, Partido del mismo nombre, Provincia de Buenos Aires. Local de la Brigada de Investigaciones.

Descripción: Acceso al garaje por la calle Garibaldi, atravesando un portón pesado con riel. Acceso principal por la calle Allison Bell. Edificio de cinco plantas.

Planta baja: guardia, oficinas, salas de torturas, pañol, cocina y dependencias. Entrepiso: oficinas, baño, gran depósito utilizado para el botín de guerra y balcón techado. Primer piso: calabozos, celda, patio, locutorio, comedor, cocina y baño. Segundo piso y tercero: calabozos, celda, baños y patio. Los calabozos eran de dos metros por 1,80 metros. Las celdas eran más grandes.

C. O. T. I. Martínez (Centro de Operaciones Tácticas)

Ubicación: Av. Libertador 14.237, Martínez, Partido de San Isidro, Provincia de Buenos Aires.

Descripción: Un acceso peatonal hacia un patio central de lajas. Por el acceso principal, sobre Libertador, una construcción de dos habitaciones, una de ellas destinada a la sala de torturas e interrogatorio. Al fondo del patio, una edificación entre medianeras, incluyendo tres celdas individuales y una más grande, sala de estar, dormitorio del personal y baños. Hay una garita elevada. Entre el edificio descripto y la medianera del fondo – cuya pared está revestida

de chapa y metal—se encuentra un patio estrecho de ladrillos y tierra desde el cual se divisa un pino de gran tamaño de una casa lindera.

El Olimpo

Ubicación: Calle Ramón Flacón y Olivera. Floresta. Capital Federal

Descripción: Portón de acceso de acero, posiblemente rojo. Un tinglado de chapa de unos 10 metros de altura cubría casi todas las dependencias. Estas eran nuevas, de unos 3 metros de altura, con techo de cemento, donde estaban dos o tres guardias. Se entraba por la guardia. Los traslados se hacían por una puerta de dos hojas, a la izquierda de ésta había una imagen de la Virgen. Un sector de incomunicados con grandes ventanas ojivales, tapadas con mampostería, dejando libre solo una parte superior. Salita de torturas, letrinas. Del otro lado otra sala de torturas, una celda, un laboratorio fotográfico y dactiloscópico, una oficina de operaciones especiales. Una cocina y un comedor en frente. Una enfermería para curaciones y otra para internaciones. Sala de archivo y documentación, otra para rayos X. Tres pasillos con celdas, cada línea de celdas tenía un baño con una cortina como puerta, en la tercera línea había un lavadero y duchas. Un cuarto de guardia con ventana hacia la playa de estacionamiento. Una habitación mayor se usaba para reparar los artículos del hogar, eléctricos y electrónicos robados en los allanamientos.